

JUVENIL



Azul
para las
Pesadillas

Laurie Faria Stolarz

Ediciones Jaguar

Título original: *Blue is for nightmares*

© 2003, Laurie Farie Stolarz

Publicado por Llewellyn Publications.

www.llewellyn.com

© Traducción: Juan José Llanos

© EDICIONES JAGUAR, 2009

C/ Laurel, 23, 1º

28005 Madrid

jaguar@edicionesjaguar.com

ISBN: 978-84-96423-78-7

Depósito Legal:

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España/Printed in Spain

UNO

Siempre es lo mismo. Es de noche y estoy en el bosque, buscando a Drea. Percibo el rumor del cuerpo de un hombre que me acecha en algún punto a mis espaldas. Las ramas que se quiebran. El crujido de las hojas. El viento que me silba en los oídos y me hace lagrimear. Y el dolor penetrante, desgarrador y lacerante en el estómago. Real.

Las pesadillas hacen que me aterre quedarme dormida.

Sostengo el extremo inofensivo de la cuchilla con tres dedos para escribir. Acto seguido cojo la vela virgen y tallo las iniciales D.O.E.S. en el lado redondeado, mientras con cada incisión y cada pasada de la hoja se desmoronan de la superficie minúsculos copos de centelleante cera azul.

Son las iniciales de Drea, pero ella no sospecha nada, sino que sigue garabateando en su diario como cualquier otra noche, sentada en su cama, a escasos metros de distancia.

Tras la última voluta de la S dejo la cuchilla a un lado y saco del cajón una ramita de salvia. Es perfecta para quemar, las hojas están secas, marchitas y grisáceas. Enrollo un trozo de cuerda a su alrededor para que la combustión sea más limpia y no despidan tanto humo, de modo que tenga menos posibilidades de meterme en líos. Luego la arrojo en la vasija de arcilla anaranjada que hay junto a mi cama.

–¿Te vas a acostar? –pregunta Drea.

–En seguida. –Desenrosco el tapón de la botella de aceite de oliva y me echo unas gotitas en el dedo.

Ella asiente y bosteza, tapa la pluma estilográfica y cierra el diario.

–Pues hazme un favor y no le prendas fuego a la residencia. Mañana tengo que hacer una importante presentación de historia.

–Pues con más razón –bromeo.

Drea y yo somos compañeras de habitación desde hace poco más de dos años, de modo que está acostumbrada a rituales como este.

Se pone de costado y se tapa con las mantas hasta la barbilla.

–Será mejor que no te quedes despierta hasta muy tarde. ¿No tienes un examen de francés mañana?

–Gracias, mamá.

La observo mientras cierra los ojos, sus labios adoptan la posición del sueño y los músculos de sus sienes se distienden y se relajan. Me pone enferma. Aunque sea más de medianoche y no se distinga rastro alguno de maquillaje, ni siquiera un ápice de base; aunque tenga el pelo recogido con una cinta elástica, sigue teniendo un aspecto perfecto: las mejillas angulosas, los labios carnosos de color rosa salmón, el pelo dorado ensortijado y los ojos de felino con las sinuosas pestañas de color negro azabache. No me sorprende que la deseen todos los chicos de Hillcrest, ni que todas las chicas la odien, ni que Chad siga volviendo, incluso después de tres rupturas.

Toco el extremo superior de la vela con el dedo aceitoso.

–Tanto arriba –musito. Luego toco la base– como abajo. –Me humedezco el dedo con más aceite y acaricio la superficie central. Arrastro el dedo hacia arriba, retrocedo hasta el centro y a continuación lo arrastro hacia abajo, teniendo cuidado de que las letras grabadas apunten en dirección mía para que ella no las vea.

–¿No sería más sencillo mojarlo todo al mismo tiempo? –apunta Drea, con los ojos abiertos, observándome.

Giro la vela en el sentido opuesto a las agujas del reloj, ocultando las letras con la palma de la mano, y continúo humedeciendo la circunferencia del mismo modo.

–Es probable, pero las energías se confundirían.

–Claro –responde ella al tiempo que se da la vuelta–, qué ignorante por mi parte.

Cuando la vela está completamente ungida la enciendo con una larga cerilla de madera y la deposito en el candelero de plata que me dio mi abuela antes de morir. Es mi favorito porque era suyo y porque tiene forma de plato, con un asidero ondulante que se enrosca alrededor de la base.

Cierro los ojos y me concentro en la luna menguante que hay fuera, en que esta noche es propicia para que todo acabe, en que la salvia y la vela grabada me ayudarán. Enciendo la rama y la contemplo mientras se quema; las hojas se arrugan y bailan en la llama amarilla anaranjada antes de ennegrecerse y desaparecer, así como rece serán mis pesadillas.

Cuando la salvia queda reducida a cenizas, llevo la vasija de arcilla al lavabo del rincón y la lleno de agua, observando las alargadas y sinuosas volutas de humo gris azulado que se elevan hasta el techo.

Vuelvo a la cama y pongo la vela en la mesita de noche, con las iniciales de Drea vueltas hacia mí. A continuación saco un bolígrafo negro del cajón y me dibujo una A mayúscula en la palma de la mano: A de abuela, para que esta noche sueñe con ella y con nada más.

Me deslizo bajo las mantas y contemplo cómo la vela quema las letras. Ya ha desaparecido la mitad de la D mayúscula de las iniciales de Drea.

Entonces cierro los ojos y me dispongo a dormir.

Dos

Estoy sentada a la mesa de la cocina frente a mi abuela, engullendo uno de sus célebres sándwiches de huevo a la plancha y una bolsa de patatas fritas rancias. La observo mientras rodea la magdalena con las manos y admiro el anillo de amatista que luce en el cuarto dedo, una gruesa piedra violeta que casi le llega hasta el nudillo.

–Toma. –Advierte que lo estoy mirando y trata de quitárselo del dedo. No hay forma. Se dirige al fregadero y se remoja las manos con agua y jabón para lubricar la piel.

–No pasa nada, abuela. No hace falta.

–Quiero hacerlo –insiste, desprendiéndose al fin del anillo y entregándomelo–. Póntelo.

Eso hago; me sienta de maravilla.

–Es tu anillo. Te lo compré cuando naciste. Solo te lo he guardado hasta que me parecieras lo bastante mayor. Mira las iniciales que hay dentro.

Me lo quito y le echo un vistazo: las letras S.A.B. están grabadas en el oro. Stacey Ann Brown.

–Es precioso –admito mientras se lo devuelvo.

–No –objeta ella–. Quiero que lo tengas tú. Me parece que es el momento adecuado. Además, te queda mejor que a mí.

Vuelvo a ponérmelo y le doy un beso en la mejilla.

–Gracias, abuela. –Le pido permiso para levantarme de la mesa y salir a tomar un poco de aire. Ya ha anochecido y el firmamento es un lienzo negro como la tinta salpicada de pequeñas pinceladas

de luz. Una larga bocanada de aire semejante a una nube emerge entre mis labios y empiezan a castañetearme los dientes.

Oigo a alguien que está llorando al otro lado del patio. Me dirijo hacia el sonido y en seguida traspongo la cerca para adentrarme en el bosque. A cada paso el llanto se torna más sonoro e insistente.

–¿Drea? –exclamo–. ¿Eres tú? –Parece ella. Supongo que ha vuelto a pelearse con Chad y que ha intentado dar conmigo en casa de la abuela.

Corro hacia los sollozos con los brazos extendidos. Pero entonces me veo obligada a detenerme. Siento un dolor abrasador justo debajo del estómago. Me pongo las manos en el vientre, aspiro y espiro. Tengo que hacer pis.

Miro hacia atrás en dirección a la casa, pero ya no puedo verla debido a la espesura de árboles y maleza. Todo está oscuro. Hasta las pinceladas de luz que vi antes están cubiertas por ramas tenebrosas.

Un palo se quiebra en algún punto a mis espaldas. Después otro.

–¿Drea?

Me pongo la mano entre las piernas y me dirijo renqueando lo mejor que puedo hacia esa voz distante, eludiendo las ramas y los matorrales con una mano extendida. Siento que el suelo se convierte en fango bajo mis pies. Me frena hasta que me detengo del todo, intentando recuperar el aliento.

Aún oigo la voz de Drea, pero ahora está más alejada, en lo profundo del bosque. Procuero oír algo más, cualquier cosa que me indique si todavía me siguen. Pero solo se escucha el viento que mece las quebradizas hojas de noviembre y me silba al oído.

Doy un pasito y siento que el suelo se vuelve más profundo y que un insondable abismo de cieno viscoso se traga mi pie. Más palos se rompen a mis espaldas.

Intento salir del barro y escapar, pero cuando levanto el pie una de mis zapatillas ha desaparecido.

El dolor me abrasa el estómago. Lucho por liberarme. Me aferro a la rama de un árbol en busca de asidero pero acabo resbalando, me caigo de culo y el fango se filtra a través de mis pantalones.

Cuento hasta doce (el método uno Misissippi, dos Misissippi) y aprieto los muslos, pero que me moje es solo cuestión de minutos.

–Stacey –susurra una voz masculina desde algún punto de la negrura.

Cierro los ojos y sepulto la cabeza entre las piernas. El lejano llanto de Drea se convierte en un gemido. Ahora me está llamando por mi nombre.

–No puedes esconderte, Stacey –murmura mi perseguidor.
No puedo darme por vencida. Palpo el suelo en busca de una piedra o de un palo para protegerme. Encuentro una roca. No es muy grande, pero tiene el borde rugoso.

Arqueo el cuello hacia atrás para mirar al cielo, sabiendo que la estrella polar me guiará. Entrecierro los ojos y pestañeo con fuerza para encontrarla, pero es inútil. Todo vestigio de claridad se halla oculto más allá de las copas de los árboles.

Me arrastro hasta liberarme por completo del barro, me incorporo a duras penas, aferro la roca con la mano y camino unos segundos con los brazos extendidos, mientras los matorrales me arañan la cara como si fueran garras, y llego hasta un claro circular. Alzo la vista hacia donde se separan las copas de los árboles y diviso un pedacito de luna que se aproxima al cuarto creciente.

Un rumor procedente de los arbustos distrae mi atención. Miro hacia allí, pestañeo varias veces y vislumbro frente a mí la figura de un hombre entre dos árboles, a escasos metros de dis-

tancia. No se mueve, y yo tampoco, pero alarga el brazo, como para enseñarme lo que sostiene. Es una especie de ramo.

Aguzo la vista, valiéndome de la luz de la luna. Y entonces lo distingo con claridad: el tamaño, el color, el modo en que caen las hojas, abriéndose como si fueran campanas. Son lirios.

Sé lo que significan los lirios.

Corro lo más deprisa que puedo, Mis pies parecen un par de patines de hielo desiguales sobre hojas y palos.

Entonces me detengo, aprieto los ojos y siento que un verdadero gemido me desgarrar la garganta. Mi pie descalzo. Alargo la mano para palparlo. Una fina rama se ha hundido hasta el fondo en el arco. Me muerdo la piel del dedo pulgar durante unos segundos hasta que consigo sobreponerme parcialmente al dolor. No puedo quedarme aquí. Tengo que salir. Tengo que darme prisa. Me dispongo a extraer el palo, pero la punzada del estómago no me permite inclinarme.

Rechino los dientes, junto los muslos y rezo para que todo acabe. Me humedezco los labios y aprieto las piernas con más fuerza. Con *más fuerza*.

Pero no es suficiente. El calor crece entre mis muslos. La parte delantera de mis pantalones se llena de humedad. Aprieto las piernas para contener el líquido de modo que mi perseguidor no me oiga, pero mis músculos se resienten debido al esfuerzo. Siento tensión en el rostro y los ojos se me llenan de lágrimas. No consigo contenerlo. El hilillo gotea entre mis muslos produciendo un repiqueteo sobre las hojas que hay debajo.

–Stacey –murmura él–. Conozco tu secreto. –La voz es lenta y gruesa. Su aliento está tan cerca de mi nuca que alargo la mano hacia atrás para ahuyentarlo.

Abro la boca para gritar, pero tengo la garganta obstruida, llena de tierra. Está por todas partes. En las aletas de mi nariz. En

mis ojos. Me agarro la garganta para no asfixiarme y me percato de que sigo aferrando la roca con la palma de la mano. Hincó las uñas en sus surcos desiguales y la lanzo. Con fuerza.

Crash. El sonido del cristal roto colma mis sentidos. Y cuando se encienden las luces estoy sentada.

Ediciones Jaguar